

PRÓLOGO

El gran desafío de la Iglesia de hoy para la catequesis consiste en responder a una llamada a la conversión pastoral, que podríamos resumir en un titular provocativo y retador: proponer la siempre nueva “catequesis de Jesús”. Como recordábamos precisamente al final del último libro de esta colección (sobre los criterios de la renovación de la catequesis de iniciación cristiana), “Jesús no impartía *doctrina cristiana* así como llamábamos y entendíamos la catequesis antaño. Él es el camino, la verdad y la vida. Y quienes le seguía, quienes hicieron un proceso de tres años de iniciación cristiana con él directamente, lo iban descubriendo día a día, de sorpresa en sorpresa, de asombro en asombro, cuestionando todo lo que eran, todo lo que sabían, todo lo que vivían, día a día, al lado de Jesús. Esta fue la catequesis que recibieron al seguir a Jesús, con Jesús, que los sedujo, los llamó, los incitó, los condujo, y los inicio como sus discípulos-misioneros”.

Ante el imperativo actual de una catequesis más misionera en el contexto sociocultural no ya de la secularización o de la indiferencia sino de la prescindencia religiosa, pero sobre todo ante la necesaria purificación de la catequesis para que sea ella misma, no ha de moverse tanto en torno a acciones y tareas dependientes de palabras como entender, aprender, y asimilar, sino entenderse más bien bajo el prisma de la propuesta de una ámbito eclesial de acogida y acompañamiento que favorezca el encuentro con Dios en Jesús, el descubrimiento de la libertad y la paz que conlleva el confiar plenamente en Él, y de algún modo (tantos modos como personas), un proceso vital de crecimiento en la comunión con Él, y con su Iglesia, un camino de seguimiento de Jesús.

Renovar hoy la catequesis requiere poner la mirada en la catequesis de Jesús, que vuelve por tanto a su verdadero ser, que se propone teniendo como modelo la experiencia del catecumenado de los primeros siglos, y que además responde a los desafíos de nuestro tiempo. No dando por hecho el primer anuncio (más kerigmática), y no olvidando su carácter iniciático y espiritual (más misitagrógica), es una catequesis que no consiste tanto en la transmisión de la fe, como en la transmisión de la vivencia de la fe.

Sólo una catequesis así entendida, es una catequesis que ni excluye ni aparta en una especie de “catequesis especial” a las personas con discapacidad, y este es el punto de partida y al mismo tiempo la principal convicción con múltiples consecuencias para la catequesis de este libro, en el que el profesor Pablo Vadillo Costa nos propone repensar la catequesis, toda la catequesis, como catequesis inclusiva que tiene muy en cuenta las diversas capacidades de los interlocutores en la catequesis, pero sin caer en el error de diferenciar una catequesis para personas con capacidades normalizadas de una catequesis para personas con capacidades limitadas. Precisamente porque en el encuentro con Jesús al que la catequesis está siempre llamada a procurar, cada persona es única e irrepetible, infinitamente amada por Dios y digna ante Dios, y siempre, siempre, limitada y dependiente, porque ninguno somos autosuficientes, y ninguno nos valemos por nosotros mismos para ser felices. Todos le necesitamos a Él y nos necesitamos mutuamente, todos dependemos de Él y dependemos los unos de los otros.

La catequesis que el autor de este libro nos presenta, teniendo como modelo la pedagogía de Dios con nosotros a través de la historia de la salvación, que llega a su plenitud en la catequesis de Jesús volcada especialmente para con aquellos que eran rechazados precisamente por sus discapacidades, y que la Iglesia de hoy quiere como nos lo muestra su magisterio contemporáneo, es la catequesis de la hospitalidad, es decir, la catequesis que ofrece una Iglesia que es hospital de campaña, en la que todos pueden encontrar el alivio y la ternura de Dios, que siembran la fe y la esperanza, porque

todos de algún modo, más allá de los convencionalismos en los que las clasifiquemos, diferenciemos y jerarquicemos, tenemos heridas y deficiencias físicas o mentales, tenemos limitaciones o dificultades para realizar muchas cosas, o experimentamos restricciones para participar plenamente en realidad social que nos circunda. Lo importante es que la Iglesia, que es hospital de campaña, precisamente por ser fiel al legado de la fe, que lo es en el Dios que nos ama inmensamente, tiene que ser fiel a cada persona que se acerca a ella, también en la catequesis, y lo ha de ser siendo madre y maestra, pero antes madre que maestra.

El Papa Francisco, en el congreso sobre Catequesis y discapacidad de 2017, nos dejó bien claro no sólo que a la comunidad cristiana “no pueden faltarle las palabras y especialmente los gestos para encontrar y acoger a las personas con discapacidad”, sino que, además, en la catequesis urge “descubrir y experimentar formas coherentes para que *cada persona*, con sus dones, sus limitaciones y sus discapacidades, incluso graves, pueda encontrar en su camino a Jesús, y abandonarse a Él con fe. Ningún límite físico o psíquico puede ser un impedimento para este encuentro, porque el rostro de Cristo brilla en lo íntimo de cada persona”.

Desde la Delegación Episcopal de Catequesis de la Archidiócesis de Madrid nos ponemos todos, especialmente los catequistas, a la escucha de esta llamada apremiante de la Iglesia, y por eso hemos querido proponer este libro para la formación de los catequistas, con el fin de que en nuestras catequesis podamos acoger a todos, y proponer procesos de iniciación cristiana válidos para todos (inclusivos), y para cada uno (personalizados), sean cuales sean sus capacidades. Sabemos que en este desafío en el fondo nos jugamos la esencia de la catequesis, que nunca debería caer ni el reduccionismo doctrinal, ni mucho menos aún en la trampa de la cultura de la autosuficiencia y del utilitarismo, que lleva a tantos, como dice el Papa, al “engaño peligroso de pensar que somos invulnerables”, cuando en realidad “la vulnerabilidad pertenece a la esencia del ser humano”.

Alguien imaginó, a la hora de recrear literariamente el sermón de la montaña, que cuando Jesús empezó a proclamar las bienaventuranzas, el primero de un grupo de rezagados, precisamente por sus discapacidades, que de lejos podía oír al Maestro les dijo: “creo que está hablando de nosotros”. Si, Jesús nos presenta como bienaventurados precisamente a los que el mundo presenta como desventurados. Pero sobre todo Jesús se acerca a ellos con predilección, para darles la buena noticia de que de ellos es el Reino de los Cielos. Esta es la catequesis de Jesús, esta es la catequesis de la Iglesia, esta es la catequesis a la que nos tenemos que convertir.

Manuel María Bru Alonso.
Delegado Episcopal de Catequesis de la Archidiócesis de Madrid.